

MEDITACIÓN SOBRE LOS PECADOS PROPIOS

(*Imam Al-Ghazali*)

Una vez que el devoto conozca ya las diferentes materias de la meditación en lo que atañe a la vida espiritual, es decir, a las relaciones del hombre, como siervo, con su Señor, convendrá que adquiera la costumbre de practicarla diariamente, por la mañana y por la noche, sin dejar jamás por negligencia de meditar sobre el estado de su alma, sobre las cualidades que de Dios la alejan y sobre aquellas que a Dios la acercan.

Es más, conviene que todo iniciado en el combate de las malas tendencias tenga consigo como si de un libro se tratara, en el cual estén registrados separadamente los nombres de los diez vicios capitales y de las diez principales virtudes, es decir, de los pecados y de las buenas obras, en este orden:

Vicios:

- Avaricia.*
- Soberbia.*
- Vanidad.*
- Hipocresía.*
- Envidia.*
- Ira.*
- Gula.*
- Lujuria.*
- Amor de la riqueza.*
- Y amor de los honores.*

Virtudes:

- Arrepentimiento de los pecados.*
- Paciencia en las adversidades.*
- Conformidad con la voluntad de Dios.*

- Gratitud a sus beneficios.*
- Justo equilibrio entre el temor y la esperanza.*
- Renuncia a los bienes mundanos.*
- Pureza de intención en las obras buenas.*
- Caridad.*
- Afabilidad con el prójimo.*
- Y amor de Dios.*

Tan pronto como advierta en su meditación que ya está libre de uno de los vicios, táchelo con una raya en su libro y deje ya de meditar sobre él, dando gracias a Dios de que le haya purificado de aquel vicio y con la convicción de que, si ello le ha sido posible, se debe exclusivamente a la Gracia y ayuda de Dios, pues si de sí propio fuera, no podría borrar de su corazón ni el más pequeño de sus defectos.

Emprenda, después de esto, la meditación sobre los nueve restantes vicios y haga con ellos lo mismo, hasta conseguir tacharlos todos. Igual método aplicará a la adquisición de las virtudes, así que hubiere adquirido.

-Este método es indispensable al que aspire perfeccionarse.

En cambio, la mayoría de las personas que se tienen ya por virtuosas conviene que anoten, en su personal libro de registro, los pecados externos, el comer manjares de dudosa licitud, las murmuraciones, la ostentación, la propia alabanza, las rencillas, el excesivo afecto a los amigos, el disimulo y benevolencia en corregir los pecados públicos del prójimo, etc.

La mayoría de los que se creen ya santos, difícilmente están libres de alguno de estos defectos externos, y mientras el alma no se purga de lo exterior, es imposible que en ella florezcan las virtudes interiores.

Es más, cada clase o grupo de personas tienen de ordinario, como pecado dominante, una determinada especie de faltas, sobre las cuales deben meditar para expulsarlas del corazón, en vez de meditar sobre las que no cometan de ordinario.

Así, el hombre de ciencia, bueno y piadoso, es raro que no incurra en faltas de ostentación, vanidad y amor de la fama, que cree merecer por su saber, por su predicación o por su enseñanza, y obrando así se expone a grave peligro de pecar, del cual sólo contadas almas perfectas pueden librarse.

Porque efectivamente, si sus enseñanzas y sermones son acogidos con simpatía, elogio y aplauso por sus oyentes, no dejará de sentir vanidad y aun orgullo de su propio saber, ni dejará tampoco de redactar sus discursos en estilo florido y afectado, y si, por el contrario, sus enseñanzas son contradichas por alguien, tampoco dejará de sentir movimientos de ira, desdén y odio contra sus detractores.

*Claro es que Satanás tratará de engañarle diciéndole:
«Tu cólera nace tan sólo de ver que se niega y rechaza la doctrina de la verdad. »*

Pero si en el fondo de su alma advierte alguna diferencia cuando se rechazan sus propias enseñanzas o las de otros maestros, señal es evidente de que está equivocado y es el hazmerreir de Satanás. Estas y otras semejantes reflexiones convienen que se hagan, al meditar, el hombre piadoso, consagrado a la ciencia.